

AVENTURAS Y DESVENTURAS CON LEONCIO BUENO



GUSTAVO BENITES JARA (*)

El sábado 1 de agosto recibí un mensaje de Carlos Santamaría en el que me invitaba a participar, el siguiente martes, en un homenaje al poeta Leoncio Bueno. Asumí de inmediato que se refería al martes 4 y, para mi suerte, ese día me resultaba imposible asistir. Le respondí sumamente apenado —en realidad, muy aliviado— expresando mi imposibilidad. Sin embargo, en el mismo chat me aclaró que el acto sería el martes 11. Atrapado sin misericordia e impulsado por el amor propio, terminé aceptando.

Mi alivio inicial no era desinterés: profeso un profundo respeto por los poetas y considero una responsabilidad inmensa abordar su obra. Pero mis desventuras apenas comenzaban. Si bien leía los poemas de Leoncio Bueno cada vez que circulaban por redes o revistas culturales, jamás había tenido en mis manos un poemario completo suyo.

Decidido a prepararme inicié la búsqueda de algunos libros del poeta. Lo primero: La biblioteca da la Facultad de Educación: Ningún libro. Luego, la biblioteca central de la Universidad: tampoco. Visité las librerías de Trujillo, pero todas eran huérfanas del bueno de Leoncio. Sin darme por vencido, dediqué el fin de

semana en Lima a buscar los esquivos libros del poeta. Si bien leía sus textos cada vez que circulaban por redes o revistas culturales, jamás había tenido en mis manos un poemario completo suyo.

Visité entonces ese templo que cobija cientos de miles de volúmenes: el jirón Amazonas. Cada vez que viajo a la capital, me solazo ahí entre colecciones e incunables, de modo que me dije: «Aquí encontraré a Leoncio». Desde las diez de la mañana hasta el atardecer, recorrí cerca de cien puestos. Nadie lo tenía. En un estand, un librero desgarrado me dijo con nostalgia: «¿Bueno? Sí, hace mucho tiempo tuve un libro suyo, pero alguien se lo llevó y nunca volvió a llegarme nada de ese señor». Otro comerciante me mostró entusiasmado un libro con fotos del actor Gustavo Bueno y, en un tercer puesto, me ofrecieron la obra del filósofo español Gustavo Bueno. Así concluyó mi búsqueda amazónica.

Sin desmayar, acudí a la Casa de la Literatura Peruana en el jirón Áncash, convencido de que allí hallaría respuesta, pues esa venerable institución homenajeó y premió en su momento al autor. Me atendió una funcionaria muy amigable y me confirmó que poseían tres o cuatro títulos, pero añadió que no podía mostrármelos porque estaban fumigando el

local. A modo de protesta, le dije: «¡La poesía no se fumiga!». Ella, con solemnidad y sabiduría, me respondió: «Señor, en este país todo es fumigable». Inevitablemente, pensé en la escena política nacional.

Deambulé luego por las librerías de viejo de la avenida Abancay y del jirón Quilca, así como por diversas calles del centro histórico; pero sobre el autor, nada. Alguien me sugirió ir a la Biblioteca Nacional. Me encaminé presuroso y emocionado a esa catedral del libro. Al llegar, me solicitaron mi documento de identidad y comenzó una larga batería de preguntas: de dónde venía, a



(*) Profesor de Filosofía, Psicología y Ciencias Sociales (Universidad Nacional de Trujillo-Perú). Maestrías en Relaciones Económicas Internacionales y en Filosofía y Ciencia Política en la Universidad Mayor de San Andrés (La Paz - Bolivia). Estudios de Doctorado en Educación en la Universidad Inca Garcilaso de la Vega de Lima. Periodista. Profesor de Filosofía, Economía e Investigación Científica en la Universidad Nacional de Trujillo (Perú). Ex docente de Filosofía e Investigación Científica en la Universidad Católica de Trujillo. Fundador y primer Presidente del Frente Departamental de Escritores de La Libertad. Autor de dos libros: *Tránsito* (1998), poesía, y *El antihumanismo neoliberal. El individuo como totalidad* (2000), ensayo político-económico-filosófico sobre el neoliberalismo. Ex columnista del diario "Correo" de Trujillo y de "La Tribuna" de Honduras.

quién representaba, si acudía como investigador o simple lector, si me dirigía a la hemeroteca o a la biblioteca. Tras responder al cuestionario, me derivaron al tercer piso, donde otro bibliotecario formuló nuevas interrogantes.

Tras diez largos minutos de espera, trajeron tres volúmenes bajo la condición de consultarlos de uno en uno y solo tomar fotografías. Empecé a fotografiar frenéticamente el tomo II de sus obras completas (Impromptus tremulos, dedicado al subcomandante Marcos, del EZLN). Cuando sumaba unas cuantas páginas, el personal de seguridad me anunció que era hora de cerrar. Tuve que devolver el volumen a las ocho de la noche, a menos de una hora de tomar mi bus de retorno.

Y aquí estoy, presentándome con retazos de la magnífica poesía de Leoncio Bueno. Pero antes, debo confesar que ayer me enteré por David Novoa que Carlos tenía libros de Leoncio en su casa. Nunca se me ocurrió preguntarle. Recorrí cien puestos en Amazonas, me fumigaron en la Casa de la Literatura, me interrogaron en la BN... y el libro estaba a un "Carlos, ¿tienes un libro de Bueno?" de distancia. Así se esconden los grandes poetas: para que los busques.

Ahora, sin embargo, lo primero que debo cuestionar es la etiqueta de «poeta obrero». Me parece más preciso afirmar que fue un obrero que escribió poesía, o un obrero poeta. Porque si aplicáramos ese criterio a otros creadores, ¿llamaríamos a Miguel Hernández «el poeta pastor»?

¿O clasificaríamos a otros como «el poeta oficinista», «el poeta agricultor» o «el poeta mecánico»? ¿Qué diríamos entonces de Martín Adán, César Vallejo, Pablo Neruda, Jorge Luis Borges, Roque Dalton, Mario Florián o Javier Heraud?

Por otro lado, reducir su figura a una categoría de clase encasilla una vocación estética universal. Leoncio Bueno fue un obrero, un trabajador, un mecánico, un artesano de mil oficios que, además, fue un gran poeta.

Todo creador auténtico —y Leoncio lo es— aborda, dice y murmura sobre lo que Karl Jaspers denominaba las «situaciones límite»: la muerte, el sufrimiento, la culpa, el azar y el fracaso al que tarde o temprano nos enfrentamos. La poesía se convierte así en el vehículo supremo para encarar la inseguridad ontológica del ser humano.

Asimismo, Martin Heidegger advertía sobre cómo la prisa y la cotidianidad reducen el lenguaje a un mero instrumento funcional de comunicación. Sin embargo, más allá del uso ordinario, existe un vínculo profundo con la palabra: el lenguaje poético. El lenguaje cotidiano informa y comunica; el lenguaje poético desciende hacia las honduras de la experiencia humana. Y es en ese nivel profundo donde la obra de Leoncio Bueno cobra toda su vigencia.

EL POETA EN SUS POEMAS Sobre el amor

Leoncio Bueno escribe sobre el amor, de los diversos tipos de amor. Como diría Erich Fromm

en *El arte de amar*, hay diversas manifestaciones del amor: paternal, filial, fraternal, erótico. La reflexión poética de Leoncio sobre el amor no es reduccionista, es decir, no se circunscribe al amor erótico, sino que se explyea en diversas direcciones: amor a la mujer, a los padres, al pueblo.



Leoncio Bueno a los 17 años. Archivo personal del escritor.

<https://poesiamaspoesia.com/leoncio-bueno/>

Poema del amor violento

El amor también es una situación límite, aunque Jaspers no lo diga. Lo dicen las experiencias diarias transformadas en poesía: la agonía amorosa de Dante Alighieri, el amor hecho tragedia de Romeo y Julieta, el amor del Che Guevara por el pueblo, el amor de Cristo que lo llevó a la muerte (y hay quienes dicen a la resurrección). El amor, como diría Garcilaso, no el nuestro, sino el de oro: «*el amor es un continuo estar en lágrimas bañado*». Con precisión lo dijo así: «*Estoy continuo en lágrimas bañado, / rompiendo el aire siempre con suspiros...*».

Leoncio Bueno expresa, por ejemplo, en *Poema del amor violento*, un amor pleno,

terrestre, visceral, «radical, violento y liberador». Porque si el amor no es violento, con esa violencia superlativa de las pasiones superiores, ¿qué amor sería? Y Bueno lo manifiesta con un estilo que se expresa en un lenguaje aparentemente excedido, provocador en sus imágenes, sensorial e irreverente. Porque el amor se expresa con una pasión que se convierte en fuerza de transformación y desafío.

Nos habla en este gran poema con imágenes como «vellocino de oro», «hidromiel», «océano de caracolas», con un ritmo tempestuoso, y pone al amor por sobre ideologías, pero sin desligarlo de un contexto político-social.

Carta a mi madre en el día de su cumpleaños

Leoncio Bueno, autodidacta y sin formación académica tradicional (solo llegó al tercero de primaria), es maestro en sabiduría vital. Demuestra una vez más, a contrapelo de cientificistas y academicistas, que el sabio se nutre de diversos puquios y fontanas, como todo gran poeta que escapa muchas veces a la risilla soberbia de los eruditos.



<https://poesiasmagpoesia.com/leoncio-bueno/>

En el poema *Carta a mi madre* en el día de su cumpleaños, se abre creadoramente al amor filial, más allá del amor erótico, muchas veces reduccionista y egoísta. En este poema, la madre es la realidad y el símbolo de trabajo: «resistencia, ternura y memoria obrera». Le habla a su madre desde la profundidad de su niñez ya madura; por eso la madre es la raíz de toda plenitud o decrepitud espiritual:

Y tú madre, prendida a la batea,

hoy te duermes de vejez, de cansancio

en lo mejor de la tarea,

con tu dulce cabeza medio hundida en el agua

como nube de blanco amanecer.

Y este cansancio vital, pero pleno de amor materno, genera en el poeta la rebeldía y el afán de justicia:

¡Los patrones siempre quieren ser más ricos!

Por eso estoy fiero,

mi voz, un estallido que se agranda.

Y quisiera hacer algo, jarrancar muchas cabezas!

Pero hoy, sólo me salen estos versos,

esta espiga de amor que quiere hacerte joven.

El lenguaje de Bueno combina imágenes líricas delicadas con un lenguaje de denuncia,

mostrando que la poesía puede ser a la vez íntima y política.

Agonía de un labrador

Siguiendo a Erich Fromm en su tipología del amor, el poema *Agonía de un labrador* tipifica el amor filial, fraternal y al prójimo en la figura del abuelo. Celebra el amor al trabajo del campesino —que fue su abuelo— en la labor agrícola, en la yunta, en los surcos. Ese «árbol de hierro» que es el abuelo es un millón de árboles de hierro, que son los trabajadores campesinos de nuestra patria. Su abuelo es un héroe anónimo del trabajo, un árbol de hierro que reverdeció campos y campiñas con su esfuerzo humilde, pétreo y persistente.

Y todo ello expresado con un lenguaje coloquial, directo, con un tono elegíaco, testimonio de memoria y despedida. Sus imágenes no son sofisticadas ni rebuscadas: dice «árbol abatido», «indómito algarrobo», contextualizando esa experiencia en lugares como Mocollope. Esto consolida la experiencia poética a partir de una vivencia real que no es frondosa ni declamativa, menos aún retórica con vanos follajes retorcidos, como muchos poemas políticos que andan por el mundo sin la experiencia vital que los respalde. En poesía política no puede haber hipocresía ni posturas puramente literarias.

La indigencia y la muerte

Amplios son los registros poéticos de Leoncio Bueno, como decíamos al iniciar este parco análisis de sus textos. Otro tema raigal es su discurso

sobre la muerte:

No, no tengo nada, soy un indigente,

Por suerte todo me resbala

Me tiene sin cuidado la macumba

Si me cayera muerto en este instante

¿qué sería de mi cadáver tumefacto con pámpanos en el cabello?

¿Aún lleno de golondrinas en el cuello?

¿Alguien vendría acaso?

¿Alguien vendría?

En pos de resolver tan horrendo problema de contaminación ambiental

Muestra una clara conciencia de la muerte. Con trágico humor dice que el cadáver del indigente, con pámpanos en el



cabello y lleno de golondrinas en el cuello, se pregunta quién vendría a resolver tan horrendo problema de contaminación ambiental. Es la «naditud» del cadáver del hombre triste que manifiesta ser en otro magnífico poema.

Y en el poema Autorreportaje dice:

¿Por qué escribo?

¡Porque escribo!

para ponerle cuernos a la muerte

Solo escribiendo puedo joder darle de piñas a la moña,

ponerle un cohete al orden mono;

por eso escribo

para no morir

sin antes

haber puesto mis huesos en el fuego.

Y siempre expresa apasionadamente su solidaridad con los obreros, los pobres y los desamparados. Así

en el poema

Canto al obrero Óscar Milla

Tú traes en las botas destrozadas

El polvo de las duras carreteras

Tus espaldas se han quemado

Con el fuego de las ásperas jornadas

Igual que yo te has ido hasta el infierno

En busca del pan y las muchachas.

Pero tú no te rindes, luchador sin descansos,

Son tan duros tus molares que mascas las cadenas.

Pocas veces la poesía peruana ha sonado y suena tan auténtica, en una simbiosis inapelable entre vida y poesía. No hay poses: solo la expresión volcánica de una experiencia de lucha, de trabajo, de dolor, de desprendimiento. Por eso Heidegger decía que el lenguaje comunicativo e informativo es una función menor del lenguaje frente al,



lenguaje poético, lacerante, que roza el misterio definitivo de la vida y de la muerte.

Hay una poesía denominada poesía crítica

Hay una poesía denominada poesía crítica, denominación que podría ampliarse para decir que es una poesía comprometida, rebelde, social, revolucionaria. Hay poetas que, desde una práctica efectivamente revolucionaria y militante de una práctica social, han escrito ese tipo de poesía: alta poesía, profunda e ineludible, como la de Vallejo, Ernesto Cardenal, Roque Dalton, Javier Heraud, Nazim Hikmet o Marcos Ana. Y varios otros poetas importantes en el Perú, América y el mundo; poesía alimentada desde una práctica efectivamente comprometida con las angustias, los deseos y las aspiraciones del pueblo que busca la justicia, la paz y la realización de su dignidad. Entre estos poetas se inscribe la obra de Leoncio Bueno, quien se alimentó de su práctica vital y no hizo una poesía epidérmica de salón ni vanamente retórica.

Por ello mismo, la poesía de Bueno es auténtica, apasionada y raigal. Responde a las

expectativas que los lectores tenemos de todo gran poeta que se precie, en primer lugar, de su dignidad humana y de su sinceridad, y no de posturas postizas o revolucionarias de salón. Obviamente no vamos a descalificar a aquellos que escriban sus aspiraciones de cambio, pero toda auténtica poesía política es una poesía que se alimenta de una práctica incontestable.

En sus diversos y numerosos poemas —extraídos, copiados y fotografiados que no he logrado leer en su totalidad, pues no pretendo ser un especialista en Leoncio Bueno— encontramos sus fulguraciones poéticas: su visión de la vida, de la historia, del dolor, de la poesía y de la muerte.



Leoncio Bueno fue un auténtico poeta que se hizo desde las miasmas de la pobreza, del sufrimiento y del dolor; una expresión que cala profundamente en la experiencia humana. Creemos que su aporte está, sobre todo, en ese afán de poetizar la realidad, la vida y el sufrimiento del pueblo, de los obreros, de los campesinos, de los trabajadores.

Estas breves palabras no agotan la vasta producción de Leoncio Bueno. Y si amamos la poesía y al pueblo, bien harían los editores trujillanos en reeditar sus libros o una antología suya —siguiendo el ejemplo de Carlos Santamaría, cuya editorial publicó el poemario Rebusno propio— con ediciones populares para proponer en el plan lector escolar. Los profesores deberían ponerlo en práctica, porque este plan debe servir para que los estudiantes se asomen y experimenten la telúrica fuerza y la rebeldía encarnada en una larga vida sin claudicaciones —varias veces encarcelado— de un gran poeta como fue Leoncio, el Bueno: el obrero que fue poeta.

